

QUERIDOS HIJOS

A Lorgio Duchên (in memoriam)

En los primeros años viajé intensamente,
cientos de libros investigué con la lupa de la pasión.
Antes hube de aceptar el límite de los párpados
y la dureza frontal del trabajo que te permite comer.

Fui tierno y fui abuelo.
Culto quiso dios que fuera
y afeité cada mañana la barbilla con solemnidad
de mármol para que no alcanzara la muerte mi rostro
antes de firmar cada sentencia de libertad.

Sin embargo nunca estreché su mano.
No recuerdo el color almendrado de los ojos,
ni el vendaje cetrino sobre la frente herida
por la injusticia que asolaba nocturna tu despacho de paz.

Compro, para brindar contigo, una botella de almizcle dulce
vierto el contenido sobre los gladiolos que adornan el jardín de tus
paseos
y dentro deslizo este poema envuelto en palabras que lanzo al mar.

Si fuera un soneto rimaría Bolivia con España y Sucre con azúcar,
sin embargo de tus pasiones conozco la farmacopea del honor y la
presbicia
del profuso estudio que tus hijos nos muestran en sus versos.

Carlos Fernández